

“Hermanos de La Salle”

Publicado por: Eugenio Fernández Murias en [El desván de los Sueños](#) en Jun 9, 2010

Etiquetado en: *Sin etiquetas*

Parecen lejanos aquellos días en los que el Señor de La Salle, tocado por la vara de una firme y abnegada vocación, oyó, al igual que el profeta Samuel, la llamada del Señor y decidió renunciar a las glorias del mundo.

Parecen lejanos aquellos días en los que, henchido de amor al prójimo, puso todos sus afanes en redimir de la ignorancia, del abandono y de la miseria a los niños pobres y humildes, forjando las bases de la educación y pedagogía modernas.

Parecen lejanos aquellos días en los que, desde un sencillo alfar, reclutó y congregó a sus compañeros de misión, modelando sus toscos ademanes, para erigir el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Parecen lejanos...

¡Pero no están lejanos!

En las tierras norteñas de la Francia del Rey Sol, en la regia ciudad de Reims, entre suaves colinas jalonadas de viñedos, a la sombra de los muros de la catedral y del báculo de San Remigio, brotaron las semillas de su empeño entusiasmado y enseguida, decididas y vigorosas, crecieron y se diseminaron por los cinco continentes.

Esas semillas enraizaron y dieron fruto abundante; un fruto que no se enmohece, sino que permanece granado y vigoroso en las aulas y patios de los centros lasalianos, en una labor callada, esforzada y humilde, ajena a las pompas del mundo. Haciendo de la sencillez diaria un monumento a la vocación y a la entrega ejemplar, sin esperar recompensa material alguna, tan solo la vida eterna junto al Creador y la satisfacción de ver crecer la semilla esparcida, como hiciera San Benildo —el primer santo de la orden, después de su fundador— en su tarea educadora por las escuelas de Francia.

¡Por eso no están lejanos!

Desde aquellos días, donde la pobreza material anidaba en las escuelas, hasta hoy, donde los medios y recursos llegan con generosidad, se han afrontado muchas adversidades, muchas incomprendiones. Mas todas se doblegaron; todas, con la misma ilusión, entrega y espíritu de sacrificio que pusieron aquellos primeros Hermanos que dejaron el mundo y se congregaron bajo la mirada del Fundador.

¡Por eso no están lejos!

Si has pasado por sus colegios bien te acordarás de que en todos ellos se alza una estatua de San Juan Bautista de la Salle. Y quizá se te haya olvidado si su semblante mostraba afabilidad o preocupación; si estaba con un libro entre las manos o si miraba hacia lo alto; si las mantenía en oración o señalaba el cielo con su brazo. Lo que seguramente no hayas olvidado es que, en todas ellas, aparece rodeado de dos o tres muchachos.

Y si vuelves, verás cómo un Hermano se acerca con sonrisa franca al niño que juega, en medio del griterío del recreo, algo retirado; y verás cómo, llegado a su vera, le acaricia la tersa mejilla, le da unos golpecitos en la cabeza y le cobija con ternura contra su pecho. Como tal vez hicieran contigo, en el tiempo hermoso y soleado de tus años de infancia. Y al marcharte, apresurado —¿lo recuerdas?— escuchabas, como un hervor creciente, aquella frase que salía de sus labios y que te recorría las entrañas: *¡Viva Jesús en nuestros corazones!* Y con impaciencia, apenas refrenada, respondías en un susurro entrecortado: *¡Por siempre!*

Con sotana o sin ella, con babero o sin él; con barritas de regaliz o sin ellas; con plumillas o con bolígrafos *bic*; con ciclostil o fotocopiadoras láser; en patios de tierra o de cemento..., los Hermanos de La Salle siguen sembrando de amor las aulas del mundo; siguen educando cristianamente.

¡Por eso no están lejanos!

Y cuando dejes los muros que ahormaron tus sueños infantiles, mientras bajas las escaleras vacías, todavía escucharás el silencio respetuoso que reina en las aulas, cuando todo enmudece y se reza una oración antes de comenzar la clase, bajo la mirada bondadosa y perspicaz del retrato del Fundador.



Nada debe de ser más gratificante para un Hermano educador que sentir los vítores y los aplausos de los alumnos que culminan su etapa formativa y recibir, luego, su cálido y emocionado abrazo, en un desfile íntimo y casi interminable, como ocurrió el pasado 22 de Mayo con motivo de la entrega de insignias a los alumnos de 2º de Bachillerato.

Nada debe de ser más gratificante para un Hermano educador cuando, en un breve encuentro, pasado el tiempo, evoca con algún antiguo alumno aquellos días en los que encauzaba su andadura por los ásperos caminos de la vida y constata que la semilla prendida sigue viva y que la gratitud y el recuerdo hacia el sembrador no se han borrado.

Este año se conmemora el centenario (1910-2010) del colegio La Salle- San Ildefonso, efeméride que tuvo lugar el día 29 de Mayo en el Auditorio de Tenerife y a la que asistieron decenas de alumnos y de antiguos alumnos, en un acto emotivo, llenos de recuerdos y también de ilusiones y esperanzas para el futuro educativo.

Por eso, porque no están lejanos, ayer, hoy y por siempre, nuestro agradecimiento a los Hermanos de La Salle, quienes dejan su vida en una ofrenda perene al Creador y en un desvelo constante, casi infinito, a sus criaturas más necesitadas.

¡¡INDIVISA MANENT!!
